

582699000000

CADA CUAL EN SU ESFERA,

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO.

CF SXIX

ORIGINAL

52-6

DE D. FRANCISCO DOMINGUEZ MUÑOZ,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DE ESTA CAPITAL
Á BENEFICIO DEL DISTINGUIDO PRIMER ACTOR
D. MANUEL DE OSSORIO.

—
Primera edicion.
—

Huelva.

IMP. DE MANUEL G. BALLESTEROS,

Plaza de las Monjas.

—
1874

PERSONAJES.

ACTORES.

ELISA	D. ^a Matilde Carreño.
CONSUELO	» Enriqueta Zumel.
ANA	» Adela Sampelayo.
DIEGO	D. Manuel de Ossorio.
ANTONIO	» Ricardo Galan.
DON ALBERTO	» José Quesada.

Es propiedad de su autor, quien se reserva todos los derechos que le concede la Ley.

Los Comisionados de la galería lírico-dramática de D. Eduardo Hidalgo, son los únicos encargados del cobro de los derechos de representación y venta de ejemplares.

Á D. DOMINGO MARQUEZ GARCIA.

Permiteme, querido primo, te dedique este mal arreglado cuadro de costumbres, que únicamente debes considerar como un ligero ensayo literario, pues no tengo pretensiones de poeta dramático, ni me han hecho creer que pueda aspirar á tan honroso título los aplausos tributados á esta obra por el indulgente público onubense.

Abrijo por tanto la confianza de que, en esta dedicatoria, solo verás una nueva prueba del sincero afecto que te profesa

El Autor.

A la Sra D.^a Carolina Civi
D.^o Juan Manuel Palau, en
de simpatía y admiración al
El Autor

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

ACTO PRIMERO.

Habitacion humilde con puerta al foro que da á la calle; á la derecha del actor, puerta en primer término, y ventana en segundo; á la izquierda, una puerta en primer término, que supone ser la del dormitorio de Elisa, y otra en segundo, que da entrada al interior de la casa. Mesa de tocador en mal uso; una sortija, un lazo ó corbata de señora, cuerdas, un remo, un pez y una carta. La escena pasa en Huelva.

ESCENA PRIMERA.

ELISA, arreglándose el cabello al espejo.

¡Qué atroz me está este peinado!
Así tanto me incomoda;
si no estuviera de moda
ya lo hubiera destrozado;
pero no es justo quejarse,
que si hace malas figuras,
tambien lleva veinte hechuras
desde que empezó á estilarse.
¿Pues y el lazo maldecido?...
Vamos, hoy me desespero;
¡ay! ¡quién tuviera dinero!...
Si está tan descolorido...
Hoy debo estar horrorosa.
¡Mamá! (Llamando)

ESCENA II.

ELISA Y ANA.

ANA.

¿Qué quieres, Elisa? (2.^a izquierda.)

ELISA.

Nada, que voy á acostarme.

ANA.

No empiece á desesperarme,
que es miércoles de ceniza.

- ELISA. Si esta endiablada cabeza
me tiene desesperada.
- ANA. La moda es ir esgreñada.
- ELISA. ¡Reniego de la pobreza!
- ANA. ¡Ay! quien fuera millonenta!
- ELISA. Y luego un lazo tan viejo...
- ANA. Pues mira, lo que es de lejo
divinamente te sienta.
- ELISA. De lejos bien, mas de cerca...
si se fija me divierto.
- ANA. ¿Quién há de fijarse?
- ELISA. Alberto.
- ANA. Vamos, niña, no seas terca.
- ELISA. Me dejará, no lo estraño,
viendo una dama lujosa
no va á elegir por esposa
quien gasta un lazo en el año.
- ANA. Pero niña... si al marcharse
tu papá, dejó tres duros,
que en diez días, con apuros
y estrechez, pueden pasarse.
- ELISA. Ya no deberá tardar.
- ANA. Eso me tiene algo inquieta.
- ELISA. ¿Queda algo?
- ANA. Una peseta.
- ELISA. ¿Pues qué me importa ayunar?
Mamá, lazo aunque me muera;
vaya corriendo á su encuentro,
que el ayuno está por dentro,
y el lazo se ve por fuera.
- ANA. Eso és, hija mia, muy cierto;
pero luego ¿qué comemos?
- ELISA. Ya aquí nos las compondremos,
si no, mamá, no hay Alberto.
- ANA. Ya pagará este piquillo
cuando seas aristócrata.
¿Le escribiste la posdata
al pobre carpinterillo?
- ELISA. A Consuelo se la di
para en el correo echarla.
- ANA. Cuida no vaya á tirarla;
¡como esa tonta es así!...

sabes que es nuestra adversaria.
¡Qué hermanas tan diferentes!
la una amable, decente,
la otra brusca, ordinaria;
en fin, no hay más que decir,
le gusta hacer el lavado,
el barrido y el fregado,
y más comer que vestir.
Tú en cambio, Elisa querida,
vas al baile, á los pasados,
quieres novios con quevedos
y más lujo que comida.
Así, elegante te quiero,
hónrame tu nacimiento,
pues fué tu abuelo sargento
de un regimiento primero;
seas tú la más digna nieta
del sargento Rodrigon,
y olvida sin compasión
ese amante de chaqueta.

ELISA. ¿Y padre?

ANA. ¡Qué antigüedades!

Se dice papá y de tú.

ELISA. Nadie nos oye.

ANA. ¡Jesús!

¡No digas barbaridades!
Don Alberto es mi alegría;
ya creo mirarte su esposa,
y en una butaca hermosa
pasar uno y otro día;
sér dueña de mil criados,
vestir terciopelo y seda,
ir en coche á la alameda
y ver todo sonrosado;
mientras por mucho que sobre
á ese novio pobreton,
podría darte un sofocon,
que es lo que le sobra al pobre.
Misérias, riñas, chiquillo,
poco trabajo... ¡ay! ¡qué afán!
¡Qué amargo te sabría el pan!
¡Y aluego un carpinterillo!...

Lo que es con él no te cases,
hija, por Dios, no seas bruta,
para enterrarte en viruta,
entiérrate entre sofases.
¡Qué bien pasaré mi vida!
Oyendo tu blanca mano
tecedar un buen pidano,
me iré quedando dormida;
y en salones alfombrados
con mil cuadros y bujidas,
darás bailes, y comidas
de diferentes guisados.
¡Qué suerte Elisa has tenido!
Quiero que adornes los trajes,
hija, que á polvos y encajes
se debe más de un marido.
¡Qué ganas tengo! ¡qué gana!...
Conque, ¿me vas por el lazo?
SÍ; ¡cuán á gusto te caso!...
iré en coche hasta la cama. (Foro)

ELISA.
ANA.

ESCENA III.

ELISA.

Mi madre tiene razon;
si un rico puedo enganchar,
¿por qué he de irme á casar
con un pobre por pasion?
Le quiero, y me ha de costar
el olvidarlo algun daño;
al fin le hablé más de un año
y pronto me iba á casar;
mas yo no puedo avenirme
al percal y la mantilla;
yo quiero velo y sombrilla,
y no tenerlo es morirme.
A Alberto le iré queriendo,
que el dinero todo allana,
y quién sabe si mañana...
él se está casi muriendo...
¡Sér señora! ¡qué alegría!

que nada á mi antojo falte,
ir en coche á cualquier parte
con un traje cada dia;
seda, terciopelo, raso,
alhajas, bordada toca...
yo voy á volverme loca.
¡Fuera ya tan viejo lazo! (Lo tira.)

ESCENA IV.

ELISA Y CONSUELO, con una carta.

- CONS. — Elisa...
- ELISA. — Tira al momento
ese trapo á la basura.
- CONS. — ¿Estas loca, criatura?
- ELISA. — ¿Lo tiras, ó me impaciente?
- CONS. — ¡Bendito sea Dios, Elisa! (Lo pone sobre la
¿Cuándo sientas la cabeza? mesa.)
- ELISA. — No me vengas con simpleza,
que de oírte me da risa.
- CONS. — Ríe, sí; ríete, hermana,
y no quiera el Cielo Santo
se trueque tu risa en llanto.
- ELISA. — Consuelo, no tengo gana
de sermones, que me irritas;
en vez de estar predicando,
entretente en ir limpiando,
que espero luego visitas.
- CONS. — Voy ahora mismo á agradarte,
mas antes...
- ELISA. — Me tienes harta.
- CONS. — ¿Llevaste al correo mi carta?
- ELISA. — De eso mismo queria hablarte.
- ELISA. — Bueno, ¿y qué?
- CONS. — No te impaciente;
óyeme una vez con calma,
mira que me parte el alma
verte tan indiferente.
- ELISA. — Si escucharte es un tormento,
siempre reñidas quedamos.
- CONS. — Puesto que solas estamos

- sentémonos un momento. (Le da una silla.)
- ELISA. Hoy me sobra la paciencia,
te ofrezco que no me irrito. (Sentándose.)
- CONS. Al remitir este escrito, (Presentando la carta.)
¿queda en calma tu conciencia?
- ELISA. No comprendo la razon
de por qué no ha de quedar.
- CONS. ¿No pudiera desgarrar
tal infamia el corazon?
Ofrecer tal desengaño,
¿no es decir á un alma, lora?
¿No es robar en una hora
ensueños de todo un año?
- ELISA. Veo que te ofrecí paciencia
olvidándome quién eras.
- CONS. Puedes decir lo que quieras,
mas yo tengo esa creencia,
y alimento la ilusion
que piensas lo mismo, hermana;
mas la vanidad mundana
embotó tu corazon.
- ELISA. Trae la carta, y punto en boca;
tal cuestion ya terminemos.
- CONS. Espera, la leeremos,
y verás si estabas loca.
- ELISA. De ver mi calma me rio.
¿De modo que la has abierto?
- CONS. Suprimes pruebas de afecto
y empiezas: «Muy señor mio: (Lee.)
»Hace un año, ó poco más,
»nos juntó por un camino
»nuestro desdichado sino.»
- ELISA. Al cabo me aburrirás.
- CONS. —«El tiempo he visto correr
»desde esa terrible fecha,
»fija en mi alma una flecha
»que no podia comprender.
»En mi lento desvarío
»mi corazon consultaba
»sobre tu amor, y encontraba
»siempre en mi alma un vacío:
»mas al mirar el desvelo

»que tu pasion me brindaba,
»mi duda en el pecho ahogaba
»y compasion pedia al cielo.
»¡En balde al cielo rogué!...
»Pues al mirarme llegar
»á los piés del sacro altar,
»confieso que no le amé.
»Comprendo mi causa toda:
»debí haberle convencido,
»y á comprar no hubiera ido
»los muebles de nuestra boda;
»tarde mi escusa levanto,
»mas es dispensable el daño,
»si evita mi desengaño
»una eternidad de llanto.»

¿Es esto justo, di, hermana?

¿Es noble y digna esta accion?

¿No te impide el corazon
falsedad tan inhumana?...

ELISA.

¡Siempre la misma simpleza!
Demos fin á esa cuestion,
que no siempre el corazon
puede más que la cabeza.
Si hoy dando rienda á mi amor
con Antonio me casara,
cruel mi vida pasara
entre miseria y dolor;
y si esa pasion ahogando
mi mano á Alberto le doy,
feliz y dichosa soy
y en oro estaré nadando.

CONS.

¡Risueña esperanza es esa!

¿Y tu deber?... ¡Me confundo!...

ELISA.

Con eso el hombre en el mundo
á cada paso tropieza.
Hubiera él hecho otro tanto
al haberle convenido;
no ha de perder el sentido,
ni habrá de matarle el llanto.
Mañana él ya no se acuerda,
y yo dichosa me caso;
con-que ya ves si este paso

- más que de loca, es de cuerda.
CONS. Te repito que es locura,
que es vil madre, vil esposa,
la que para ser dichosa
empieza por ser perjura.
- ELISA. ¡Consuelo!... (Incómoda.)
CONS. Feliz llamarte,
porque oyes decir *te quiero!*
á un hombre, que en su dinero
confía para engañarte.
- ELISA. ¿Engañarme? ¿Y qué razon (Levantándose.)
tiene para que así obre?
- CONS. La razon, que eres muy pobre,
y tienes mucha ambicion.
- ELISA. ¿Y todo está en el dinero?
¿Por qué no he de hacer yo ahora
papel donde otra señora?
- CONS. Porque es padre marinero;
porque da al mundo alboroto
verte ese lujo gastar,
mientras tu padre en el mar
lleva un traje súcio y roto;
porque lo que estas luciendo
sin conciencia, y sin rubor,
son las gotas de sudor,
que mi padre está vertiendo.
- ELISA. ¡Bien lo dije, que no hay calma
para oír tus necedades!
- CONS. ¡Elisa! dí mis verdades.
¡Qué fria tienes el alma!
Y á ese hombre que marchó
fiado en tu juramento,
¿qué le dirás?
- ELISA. Que lo siento;
mas no es rico, y se acabó.
¡Pues no tienes mucho brío!
No pido cuentas, señora;
está usted muy defensora
de Don Antonio. (Con ironía.) (Vase.)

ESCENA V.

CONSUELO.

¡Dios mio!...

¿Si habrá Elisa sospechado
esta pasion que me mata?...
¡Oh qué suerte tan ingrata!...
Pero no, yo no he hablado
nada que pueda decir
que es mi martirio ese hombre,
y que su sombra y su nombre
no se separan de mí;

por el contrario, le he hecho
recordar su juramento;
porque él sea feliz, no siento
ver lacerado mi pecho.

¿Por qué su voz llegué á oír?
Desde entonces vi crecer
en mi alma un padecer,
que me hace odioso el vivir.

¿Puede haber más amargura
que decirle al corazon
ahógate en tu pasion,
dále á tu amor sepultura?

No; es preferible un abismo
á verse en dolor ahogando,
y estar su llanto ocultando
hasta de sus ojos mismos;
hay dolor que halla consuelo
confiándolo á un amigo,
mas el mio por castigo
solo he confiado al cielo.

A mis solas imploraba
de Dios el auxilio santo,
porque secara aquel llanto
que solo Dios presenciaba;
y tras funesta ilusion
mi existencia veo agotar,
y hasta he conseguido odiar
por débil mi corazon.

¡Señor! ¡Tu amparo divino
despeje mi enferma mente!
¡que no descubra mi frente
el sello de mi destino!
Colma, Señor, de ventura
los que hoy desgraciados son,
que yo con resignacion
sabré apurar mi amargura.

ESCENA VI.

CONSUELO, Y ANA con lazo y sortija.

ANA. ¡Gracias á Dios que he llegado!
¿Qué haces? ¿Dónde está Elisa?
CONS. Ahí dentro. (Indicando su habitacion.)
ANA. Limpia de prisa
y vete á hacer el fregado.
CONS. (¡Me está matando el dolor!
Idearán alguna cosa
y me echan!...)
ANA. ¡Qué calmosa!
CONS. (¡No la abandones, Señor!...) (Váase.)

ESCENA VII.

ANA Y ELISA.

ANA. Elisa. (Llamando.)
ELISA. ¿Y mi lazo? (saliendo.)
ANA. Atienda;
oye con calma.
ELISA. ¿Qué es esto?
ANA. Que estaba allí.
ELISA. ¿Quién?
ANA. Alberto.
¡Qué chasco!
ELISA. ¿Dónde?
ANA. En la tienda.
ELISA. ¿Y vió mi lazo comprar?
ANA. Oyeme cuanto ha pasado;
cuando entré, vino á mi lado

y me empezó á preguntar
por qué iba; pero hija,
se lo dije, y al instante
habló con el comerciante,
y este sacó una sortija;
envuelve Alberto el anillo,
me lo entrega, yo rehusó,
mas él comete el abuso
de ponerlo en mi bolsillo.
¿Qué habia de hacer?

ELISA. ¡Un regalo!
Quiera Dios que bien me sienta.

ANA. ¿Que persona tan decente!
¿Qué tal?

ELISA. Mira, no está malo.
¿Y el lazo?

ANA. Toma.

ELISA. ¿Violeta?

ANA. De otra tienda; allí no habia.

ELISA. ¿Cuánto?

ANA. Seis reales queria.

ELISA. ¿Y le diste?

ANA. La peseta.

¿Ves lo que tu madre vale?

¡Si son santos mis consejos!

Tira ya esos trapos viejos,

y á ver si elegante sale;

lárgame todos los fóques,

que el ave no tienda el vuelo.

ELISA. ¡Como él pique en el anzuelo!

ANA. Pues vete á hacer los retoque

ESCENA VIII.

ANA.

¡Qué dichosa voy á ser!
Los pobres me envidiarán
porque en coche me verán;
mas ¿qué tengo yo que ver?
¡Qué vida más regalada!
Todavía no vendrá el mozo.

(Mirando desde
la ventana.)

¡Jesus! ¡Viene allí mi esposo!
¿Si golverá de arribada?
¡Dios mio! ¡Ya estoy temblando!
No sé qué de mí va á ser.
¡Sin tenerle qué comer!...
Elisa me está matando.
Ya está aquí.

ESCENA IX.

ANA, Y DIEGO que entra con remos y sogas.

- DIEGO. Bueno ji santo.
ANA. Adios, Diego.
DIEGO. ¿Qué tar vamo?
ANA. Hay de todo.
DIEGO. ¿En qué queamo?
¿Está arguien malo?
ANA. No tanto.
DIEGO. Si hay salú, vamo jandando;
pué eso ayá entro poné,
y prepara qué comé,
que ya va er lastre fartando.
ANA. Es el caso que...
DIEGO. ¡Revienta!
ANA. Se vé una en tantos apuros...
DIEGO. ¿Pos no te dejé tres duros?
ANA. Pero yo me eché la cuenta
que algo traerias al venir,
y hoy mismo el resto gasté.
DIEGO. Si en argo me gusta osté
é po er móo é discurrir.
Esa cosa tan presisa
en que se gastó hoy er resto,
deberá esé, por supuesto
argun paviyon pa Elisa.
ANA. Todo no ha de ser comer;
preciso es tambien vestir,
que Elisa no ha de vivir
sin tenerse qué poner.
DIEGO. Yenando er casco é trensiya
y no echando carga á bordo,

- si er Sueste sopla en gordo
se pierde jasta la quiya.
- ANA. El comer mucho, armarea.
- DIEGO. Con ver tu falúa naando
te está er lastre rebosando
jasta por la chimenea.
- ANA. ¿Pero no te da alegría
que Elisa gaste ribete?
- DIEGO. ¡Cabá! mucho gayardete,
y la boéga vasía.
Cuando se junda la quiya,
man que sea é contrabando,
entonse se puée i pintando
hasta la misma jorniya.
- ANA. Bueno, Diego, te suplico
me escuche una historia amarga.
- DIEGO. Pos vé alijando la carga
Si hay vendavá.
- ANA. ¡Qué borrico!
Mientras Elisa ha tenido
con Antonio relaciones,
ya tu sabes que á millones
los novios la han pretendido.
- DIEGO. ¿Pero qué? ¿Ya no?...
- ANA. Ten calma.
¡Diego, el cariño me mata!
- DIEGO. ¿Aónde irá anclá esta fregata?
Larga vela.
- ANA. ¡Hija del alma!
Cómo empezar yo no acierto.
¡Quién lo tenia que pensar!
- DIEGO. Déjate é bortejear
y empuña er timon direrto.
- ANA. Despues de sufrir ya un año
de novio, la pobrecita,
el muy falso jesuita
la entretenia con engaño.
- DIEGO. ¿Quién, Antonio? ¿E jeso fijo?
¡Er corazon me traspasa!
- ANA. Tiene otra novia, y se casa.
- DIEGO. ¡Lo estimaba como un hijo!
Mas no saberse hasta ahora...

ANA. ¿Y Elisa?
Lo ha despedido.
Hoy mismo se le ha escrito.
¡Hija mía!

DIEGO. ¿Y po eso yora?
Si ese barco á dao guifiá,
otro se irá mar á entro,
y hasta no anclarse en el sentro
quisá no hará la señá;
con el arma lo é querío,
ma jiso agua, pa leña.

ANA. ¡Tienes corazon de peña!

DIEGO. ¿Y aónde Elisa se á metío?

ANA. Tanto eso le ha impresionado,
que le dije se arreglara
porque un rato paseara;
voy á ver si ha terminado.

ESCENA X.

DIEGO. (Sentándose.)

Siempre la culpa tendrá
eya de su jamargura;
la mardita compostura
á haserla infelís vendrá.
Siquiea que un rajo tuviera
de su hermana... ¡qué alegría!
má jafortuná sería,
y hoy despreciá no se viera.
Mar viaje hemo jechao;
entró er viento por la proa
y arrinconó la canoa
er diablo jácia un costao.
Si Aniya no lo dijera,
de fiyo no lo creia,
¿mas quién de naide se fia,
si é jer mundo una griyera?
¡Tierra! ¡Tierra mardesia! (Levantándose.)
Te piso pa mi quebranto,
que tó en tí se güerve yanto,
miserias y viyanía.

¡Y la mar!... ¡Bendita sea!
Su jaire puro ji sano
no junta á tós como hermano
sin que la traision se vea;
ni la tormenta me aterra,
ni el juracan más bravío;
quieo en la má un tiempo seguío,
y no quieo bonansa en tierra.
Vé mi buque é mi contento;
ér sin que náa le ataje
va cortando el oleaje
yenas sus velas je viento;
rompe á la niebla su velo,
risa la espuma cuar gola,
y una ola y otra ola
va sartando entre do cielo.
Ayí se orvía este mundo,
charco eterno de amargura,
en que ar probá la ventura
se encuentra er dolor profundo.

ESCENA XI.

DIEGO, Y CONSUELO que oye el último verso desde la puerta.

- CONS. (¡Cuán cierto es!) ¡Padre mio!...
DIEGO. ¿Qué quieres? ¡Ah!... ¿Tú eres, hija?
CONS. ¿Qué tiene usted?
DIEGO. No te aflija,
que no es náa; ya ves, me rio...
CONS. Mas...
DIEGO. Renegaba de esta vida
tan amarga, ¡que hay momento!...
¿Y cómo estás?
CONS. Bien me siento,
mas tambien de ella aburrida.
DIEGO. Lo creo, mas con franqueza
dí si argo siente á tu padre.
CONS. Yo... nada...
DIEGO. Elisa y tu madre
son causa de tu tristeza
Cuenta, que estoy impaciente,

lo que á tu hermana le pasa;
¿er por qué Antonio se casa
con otra?

CONS. ¿Quién?
DIEGO. ¡Tú no miente!...
CONS. ¿Mas quién dijo?...
DIEGO. ¿Tú no sabes?...
CONS. Ahí vienen ¡calle usted!
DIEGO. Andando. (Con rabia.)
CONS. Me voy, que al vernos hablando...
(¡Oh qué infamia!) (Saliendo.)
DIEGO. ¡Cuánto vales!

ESCENA XII.

DIEGO Y ANA. ELISA con traje elegante.

ELISA. Adios, papá.
DIEGO. ¡Jesucristo!
¿Va á echá la tormenta lejo,
largando tó el aparejo?
ELISA. Se ha asustado por lo visto.
ANA. Al cabo... de Andalucía.
DIEGO. ¿Pos no me tengo asustá
si va to er trapo á largá
con toá la marea vasca?
En cuanto te bote ar má
con to er blindaje largao,
no va á quear ni un pescao
que no se quiea embarcá.
Mia que sin lastre, Elisiya,
de fijo te va ja pique,
y va á sé mesté que achique
el agua de la jorniya.
¿Quién ar vé esta caravana,
dirá, con to ese trapío
que yeva er casco vasío?
ELISA. Como yo no tengo gana...
DIEGO. Tendré que poné, y lo siento,
mi aparejo engalanao,
pa ponerme esganao
cuando estemo á sotavento.

Se nota que te ha afligido
la noticia.

- ELISA. No, señor;
á un desaire, otro mayor.
- ANA. Justo, á los hombres con brío.
- DIEGO. ¡Cabá! Jecharse pa lante,
que pa eso papá lo tiene.
- ELISA. ¿Qué hacemos si Alberto viene?
- ANA. (Ya verás.) En un instante (A Diego.)
ir á la plaza debias,
y aun cuando fuera fiado
podrias traerte pescado,
y con eso comerias.
- DIEGO. ¿Fiao, en?
- ANA. ¿Y qué hacemos?
- DIEGO. Tu ná, yo debia hacer algo;
mas pasensia; en fin, me largo.
- ANA. ¡Qué cruz, hija mia, tenemos!
Que á estar podrido no vaya,
y á ver si encuentras lenguao.
- DIEGO. Si no hay cazon, y curao,
conténtate con cabaya. (Váse por el foro.)

ESCENA XIII.

ANA Y ELISA.

- ANA. Gracias á Dios que se ha ido;
es atroz, me tiene harta;
dime, ¿y echó esa la carta?
- ELISA. No, señora.
- ANA. ¿La ha rompido?
- ELISA. Si viene, hay un compromiso.
- ANA. En no echarla se ha empeñado,
¿Por qué no me has avisado?
- ELISA. ¿Qué alma tienes!

ESCENA XIV.

ANA, ELISA Y ANTONIO.

- ANT. ¿Hay permiso?

- ELISA. (¡Gran Dios!...)
- ANA. (No sé qué me ha dado.)
- ANT. Surtió su efecto mi plan.
Comprendiendo el mucho afán
del que espera, no he avisado;
mas... fuera ya de sorpresa,
alza esa vista, ángel mio,
y usted, madre, ¡cuánto ansio
realizar nuestra promesa!
Le traigo, madre, un manton,
el más bonito que vi,
y ¡Elisa mia! para ti
mi vida y mi corazón.
Me parece que escuchais
mis palabras con desvío.
(¿Qué pasará aquí?)
- ELISA. (¡Dios mio!)
- ANT. ¿Me direis por qué temblais?
- ANA. (Lo dije.)
- ANT. ¡Hablad por favor!
- ELISA. Es que...
- ANA. (Yo temo abordarle.)
- ANT. ¡Di!
- ANA. (¡Fuera miedo!) (Aparte á Elisa.)
- ELISA. (¡Es matarle!)
- ANT. ¡Te lo ruego por mi amor!
- ELISA. Tal palabra no profane.
- ANT. Elisa, ¿qué estás diciendo?
- ELISA. Le digo que está mintiendo.
- ANA. Y que por más que se afane
no nos ha de convencer.
- ANT. (¿Será un sueño, Providencia?)
- ELISA. (Me va á vender la conciencia.)
- ANA. (¡Valor, hija!) Otra mujer
se dice muy cierto ahora
que á mi hija ha preferido,
y que sea usted su marido
le deseamos.
- ANT. ¡Señora!
- Callad, que me asesináis.
¿Quién tal calumnia levanta?
- ANA. Lo dice ya gente tanta...

que vaya usted á ver...

ANT. ¿Y dais
más crédito á esa canalla,
que á mi palabra, á mi honor?

ELISA. Se lo damos, si señor;
y en balde lucha y batalla.
Carta en el correo eché,
que hoy hubiera recibido,
en que decia que he sentido
hablar con quien nunca amé.

ANA. (¡Digna nieta de su abuelo!)

ANT. Pero Elisa, ¿tu estás loca,
ó habla por hablar la boca
gozando en mi desconsuelo?

¿Es bastante esa razon
para sentenciarme? (Con sentimiento.)

ELISA. Cierto. (Con decision.)

¡Antonio para mi ha muerto!

ANT. ¡Basta de degradacion!

ANA. (Me ha asustado por mi nombre.)

ANT. Que quien implora clemencia
de una mujer sin conciencia,
ni tiene valor, ni es hombre.
En vano vuestro semblante
quiere ocultar el pavor,
veo escrito en ese temblor.
la traicion más humillante.

ELISA. ¡Ah! (¡Y una oveja le creí!)

ANA. Sálgase usted sin demora.

ANT. Tenga usted calma, señora.

¡Oh qué tarde os conocí! (A las dos.)

Digo mal, tenia una venda,
que yo bien os conocia,
mas no sé quién me impelia
á seguir tan triste senda.

ANA. Mas...

ANT. Tomarlo como os cuadre;
siempre diré aunque le afija,
que es desgraciada su hija
porque no sabeis ser madre.

ANA. ¡Atrevido!

ANT. Que es su afan

solo orgullo y posicion,
no teniendo en ocasion
ni aun para ofrecerle pan.

ANA. ¿Quién á ese insulto responde? (Desprecio.)

ANT. ¡Cuánto lujo! ¡Quién dijera! (A Elisa.)

El nuevo amante que espera
será por lo menos, conde.

ELISA. ¿Que yo espero? ¿Quién le dijo?...

ANT. Como á mí nunca me ha amado,
y hoy de su casa me ha echado...
que habrá otro amante colijo,
tal vez estorbe yo ahora;
ya usted palabra daria...

ELISA. Eso será cuenta mia.

ANT. O cuenta mia, señora.

¿No merece nada un año
de sacrificios sin cuento?

Si fué falso un juramento,
respóndame de mi daño.

Dí algo en tu defensa, fiera.

¿Por qué me robas mi calma?

¿Quién detener puede un alma
en su amorosa carrera?

Tendiendo al pasado un velo,

¿queda el alma libre y sana?

ESCENA XV.

ANA, ELISA, CONSUELO Y ANTONIO.

ANT. Aquí tienes á tu hermana.

¿No te da envidia Consuelo?

CONS. (¡Qué martirio!) Pero Antonio,
¿qué es esto?

ANA. (La que faltaba.)

ANT. Es que un ángel despreciaba (Con intencion.)
mientras adoré un demonio;
que una venda maldecida
mi sien oprimia tan fuerte,
que iba buscando la muerte
donde podia hallar la vida.

CONS. Pero Antonio, ¿á qué la oyó
si no ha hablado lo que siente?

¿No es verdad? (A Elisa.)

- ANT. (¡Qué diferente!)
- ELISA. No lo sé. (Preocupada.)
- ANA. Nunca le amó.
- ANT. ¡Que nunca me amó! Si es cierto,
¿por qué otro tiempo decia
que era mi amor tu alegría,
y que sin él ya habrias muerto?
- ELISA. ¿Yo?...
- ANT. Sí; tu voz escuchaba (Con sentimiento.)
tambien de amor extasiado,
pues tu aliento envenenado
sin compasion me asfixiaba;
creia entonces tu ambicion
natural casi precisa,
y era mi desvelo, Elisa,
conseguirte posicion;
y de tu lado al marchar,
corria á mi taller cual loco,
y todo el trabajo poco
me parecia por ganar;
que miles noches enteras
al pié del banco he pasado
por decirte...
- ELISA. ¿Y yo he negado?... (Conmovida.)
- ANT. Pide, Elisa cuanto quieras.
- ANA. ¡Bah!... No hagas caso, delira. (A Elisa.)
- ANT. Di con franqueza...
- ELISA. (¡Yo muero!)
- ANT. Tendrás con ese, dinero,
pero más amor... ¡mentira! (Con energia.)
¡Ah! ¿Qué digo? No. ¡Locura!
No hagai caso, es ilusion.
(¡Se me parte el corazon!)
- CONS. (¡No puedo con su amargura!)
- ELISA. (¡Madre mia!
- CONS. (Piensa en Alberto.)
- ANA. ¡Antonio... mi alma te adora! (Entusiasmo.)
- ELISA. Apártese usted, señora;
- ANT. Antonio para usted ha muerto. (Desprecio.)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO II.

Sigue la misma decoracion. Elisa, sentada y llorosa; Ana, de pie.

ESCENA PRIMERA.

ANA Y ELISA.

ANA. ¡No sé cómo no me muero!
¡Qué tonta! ¡Qué tonta has sido!
¡Cuando estaba convencido
ir á ceder!...

ELISA. Si le quiero
mucho más que nunca ahora;
si al oír que cuanto hablaba
era verdad, traspasaba
mi corazón...

ANA. Sí, pues llora,
que así mucho se adelanta.
Ya la tormenta ha pasado,
y si ese te ha despreciado,
otro te queda. ¡Ea, levanta!
Pronte olvidaste la vida
que pasarás con Alberto;
hazte cuenta que se ha muerto,
y á vivir.

ELISA. Terrible herida
ha abierto con despreciarme.
¡Ah! Le quiero y le aborrezco;
no sé si amarle apetezco,
ó si es deseo de vengarme.

ANA. Nada, nada, la venganza
hoy te martiriza, cierto;
casándote con Alberto,
cuanto apetece se alcanza.

- ELISA. Por verlo estoy impaciente.
¡Que venga! ¡Oh! ¡Terrible afán!
¡Quiera Dios calme el volcan
que está abrasando mi mente!
- ANA. ¿Si la calmará? Y tan pronto.
Así que empiece á pintarte
su amor, vuelves á olvidarte
del necio amor de ese tonto.
¡Quién lo diría! ¡Qué tormento!
¡Un palurdo de chaqueta
despreciar así la nieta
de todo un primer sargento!
Si no sé cómo te miro.
- ELISA. ¡Ay! (Suspirando.)
- ANA. Bien está; todo ha pasado,
ya no tardará tu amado,
conque basta de suspiro.
Cuando te diga: «Señora:
»de día tendreis seda y coche,
»teatro y bailes de noche,
»y dinero á toda hora...»
¿Qué tal? ¿Te sabria mejor
que te dijera ese pillo:
«Tráeme la sierra, el martillo,
»saca ese clavo...»
- ELISA. ¡Ay que horror!
- ANA. «Y hoy no tenemos dinero,
»el trabajo va faltando,
»el chiquillo está llorando,
»y más no fia el panadero?»
- ELISA. ¡Ah! Callad, que me asustais.
- ANA. Pues eso y más te pasara
si con ese te casaras.
- ELISA. ¡Nunca! ¿Y por qué imagináis
que Alberto es rico?
- ANA. Me irrita.
¡Vaya una pregunta rara!
¿No se conoce en la cara?
Y además, ¿no usa levita?
- ELISA. Es verdad.
- ANA. Y es muy sencillo.
¿No ha pasado aquí ya un mes

- viviendo como un marqués?
¿No te regaló un anillo?
- ELISA. Bueno, no hay que incomodarse;
mas mucho empieza á tardar...
- ANA. Voy por la tienda á pasar,
que él allí suele sentarse,
á ver si al verme, pregunta...
Si entra papá, haz por echarlo,
y dí que yo fui á esperarlo.
Ya me las pagarás juntas.
- ELISA. ¿Vendrás pronto?
- ANA. De seguida. (Váse.)

ESCENA II.

ELISA.

¡Y esto es vivir! ¡Qué tormento!
La vida sin sentimiento
deberia ser más querida.
¿He de despreciar mi suerte
porque un amor loco obre?
No; que la vida del pobre
debiera llamarse muerte.
Si á mi vista se presenta
oro, que estoy anhelando,
¿por qué tal dicha estorbando
mi corazon atormenta?
Si es mi gloria posicion,
¿por qué al tocarla me grita,
y otra vez me precipita
en brazos de esa pasion?
En balde su auxilio imploro,
y pues riquezas ansío,
regiré el corazon mio
con dobles frenos de oro.

ESCENA III.

ELISA, Y DIEGO con un pez.

ELISA. ¡Ah! Mi padre.

DIEGO. Ten ayá.

ELISA. ¡Jesús, y qué porquería!

DIEGO. ¿No te gusta, mardesia?

ELISA. Si es tan malo...

DIEGO. ¿Quiés cayá?

¿Tienes toavía való
de regañarme? ¡Di, endina!

ELISA. Si todo se vuelve espina.

DIEGO. ¡Me está jogando el doló!

ELISA. Sois más regañon que un viejo. (Con zalame-
ria.)

DIEGO. Juye, que yo no te vea,
no vaya á mancharte é brea
lo riso jel aparejo.

¡Que un padre pase su via
por esas mares roando,
siempre en su casa pensando,
creyendo encontrará alegría,
y venga solo á sufrí!...

¿Por qué no aprende é tu hermana?
Me vas quitando la gana
de mirarte.

ELISA. Papá, si

á usted todo le incomoda;
se enfada si estreno un traje,
si bailo, si gasto encaje,
ó si se nubla mi boda;
quiere todo á su albedrío,
no me deja respirar.

DIEGO. ¿Cómo el traje he de gastar?
Que empareje con er mio.

ELISA. ¡Ja... ja... ja...! ¿Una camiseta?

¿Una gorra? ¿Un pantalon?

DIEGO. ¿Vas á burlarte?

ELISA. ¡Qué irrisión!

DIEGO. No, un frá y una manteleta.
Ponte percá.

ELISA. (¡Qué bobada!)

DIEGO. So cursi, que está jen seco.

ELISA. Pues si de modesta peco.

¡Me teneis abandonada!...

DIEGO. ¿Quiée que busque un alacayo
que te cudie con extremo,

mientra ja tu padre un remo
le yena la mano é cayo?
No es toita la curpa tuya,
que tiene mucha tu madre;
ya verá aunque no te cuadre
en qué para toa esa buya.

ELISA.

Pero...

DIEGO.

Te estoy aburriendo;
mas ya la jiel has probao.

ELISA.

¡Cómo!

DIEGO.

Antonio te habrá dejao
por ser loca, lo estoy viendo.

ELISA.

Ya... tendremos paciencia.

DIEGO.

(Con habla me iba orviando
que er pobre me está esperando
pa contarme la ocurrencia.)
(De fijo há é tener razon.)

Ya vengo; puée eso avía; (Señala el pescado.)
quien no quiea lo puee dejá,
y no le da endigestion. (Váse.)

ESCENA IV.

ELISA.

¿Por qué entre pobres nací?
Gracias á Dios que se fué;
si encuentra á Antonio, no sé
lo que va á pasar aquí.
¡Mí suerte no tiene igual!

ESCENA V.

ELISA Y CONSUELO.

CONS.

Elisa.

ELISA.

¿Qué traes tú aquí?

CONS.

¿Te incomodo quizá?

ELISA.

Sí.

CONS.

¡Que siempre he de venir mal!

ELISA.

Por regañar tienes vicio.

CONS.

¿Y cuándo te hace más falta,

- si ya en la cumbre más alta
te encuentras del precipicio?
- ELISA. Ya empiezas, me desespero.
¡Qué buen misionero harías!
- CONS. Y tú mucho más valdrías
si oyeras al misionero.
¿No te basta la lección
que acabas de recibir?
- ELISA. No; que espero conseguir
vengarme de tal acción.
- CONS. Sigue, sigue en tu locura.
¡Qué fatal es tu destino!
¿No adviertes que en tu camino
corre un lago de amargura?
No seas necia. ¡Qué elegante!
Bendito Dios ¡qué derroche!
Ya solo te falta el coche.
- ELISA. ¿Te quieres quitar delante?
¿Conque es decir que el no estar
fregando como una moza,
hecha siempre una asquerosa,
es injusto, es derrochar?
¿Hay que estar cual tú escondida
en casa, que es tu recreo,
sin un baile ni un paseo?
No; no nací para tal vida.
Ya esto de la raya pasa.
- CONS. Pues Elisa, la mujer
no cumple con su deber
si no trabaja en su casa;
y si es pobre su vivir,
tiene más obligación,
tanto por su condición
como por su porvenir;
que quien como tú se olvida
la posición en que nace,
de ella todo el mundo hace
un concepto á su medida.
Tú por el contrario opinas;
te gustan lujosos trajes,
mas tantos bailes y encajes
suelen esconder espinas.

Y esa sociedad que dices
entre tu seno te cuenta,
es la que más tiene en cuenta
el publicar tus deslices.
Si llevas traje elegante,
al compás de alguna danza
dice: «que tenga esperanza
»de cobrarlo el comerciante.»
Y entre la murmuracion
sale á relucir tu casa;
Dios sabe lo que allí pasa
mientras tú eres la irrisión.

ESCENA VI.

ELISA, CONSUELO Y ANA.

- ELISA. ¿Tú no ves? (A Ana.)
ANA. ¡Me ahoga el coraje!
¿A que te está sofocando?
ELISA. Lo que me está ya es... matando
con su grosero lenguaje.
ANA. Tú tienes la culpa, sí.
¿A qué escuchas?
ELISA. ¡Qué tormento!
¿Tienes más que irte al convento
y dejarme en paz á mí?
ANA. Sí, sí, al convento á rezar;
si no, el día menos pensado...
ELISA. Todo porque he despreciado...
ANA. Pues más lo has de despreciar.
CONS. No vaya el tiro á volverse.
ELISA. ¡Qué rabia!
ANA. Márchate, y lejos.
CONS. Mas...
ELISA. ¡Basta de consejos!
CONS. Pues pésele á quien le pese.
Y aunque tu pecho taladre,
te prometo que mañana
no has de llorar con tu hermana;
que llorarás con tu madre.
ELISA. ¿Me dejas?

ANA. ¡Fuera de en medio!
¡Te marchas, ó no respondo?...
CONS. Teneis el cáncer tan hondo,
que os hace daño el remedio.
(Observaré.) (Váse 2.^a izquierda.)

ESCENA VII.

ANA Y ELISA.

ELISA. ¿Pudo hablarte?
¿Lo viste?
ANA. Y eché un parráfo;
salía del telegráfo;
habia ido á poner un parte.
Una cosa muy precisa
me dijo que lo ocupaba,
pero que nada tardaba
en venir á ver su Elisa.
ELISA. Gracias.
ANA. ¿Y tu padre vino?
ELISA. Como siempre, regañando.
ANA. ¿Preguntó?
ELISA. No, salió andando
y dejó ese pez tan fino.
ANA. ¡Uf! ¡Qué olor! Si es atrasado.
¿Yo guisarlo? Ahí se queda;
lo meno es de tres maredas.
ELISA. Ya se ve, ¡como es fiado!...
ANA. Guisándolo pueda ser
que se le gaste el olor.
No vaya á venir tu amor, (Se asoma á la ven
tana.)
y vea que vas á comer...
¿No es aquel? Sí, cabalito.
Si no miro... Voy a esconderlo. (Lo oculta.)
ELISA. Ya tenia ganas de verlo.
ANA. Que esté todo arregladito.
Siéntate al momento aquí; (Señalándole una
silla.)
arréglate bien el traje
y el lazo.
ELISA. Sacá ese encaje.
ANA. Cruza las manos... así.

Que sea tu lenguaje amántico,
y tu mirada patética;
haz por parecerle hética,
que eso es, hija, muy romántico.

ELISA.

Ya sube.

ANA.

Ponte elegante.

ELISA.

¿No estoy bien?

ANA.

Si.

ESCENA VIII.

ANA, ELISA Y ALBERTO.

ALB.

Muy buen dia.

ANA.

Dios guarde á su señoría.

Bésoos los piés. Adelante.

ALB.

(Ya empieza.) Elisa, ¿qué tal?

ELISA.

Buena. ¿Y usted, Don Alberto?

ALB.

Fuera de etiqueta.

ANA.

Cierto.

ALB.

Ese usted me sienta mal.

ANA.

Y que está antiguo.

ALB.

Cabales.

ELISA.

Está bien.

ANA.

Tome usía asiento. (Le pone silla.)

ALB.

No se moleste.

ANA.

¡Qué atento!

ALB.

Mil gracias. ¿Ya mis rivales

sabrán, Elisa, su suerte?

ANA.

Hace un momento ha salido

el último despedido,

pidiendo á voces la muerte;

como tanto la queria...

le estrañó nuestra dureza.

ELISA.

Doy gracias por su fineza. (Mostrando el anillo)

ALB.

¿Te gustó, paloma mia?

ANA.

Si es precioso.

ELISA.

Siendo tuyo

que tal pregunte me estraña.

ALB.

¡Vida mia!

ANA.

(¡A quién no engaña!)

ALB.

Te amo, Elisa, con orgullo;

- en tus pupilas me abraso,
ensueño creo tus amores,
pues no habrá tallo en las flores
que no se incline á tu paso.
- ELISA. Gracias por tanto favor.
ANA. (Muy bien.)
ALB. No es favor, Elisa,
que tu angelical sonrisa
á un mármol le inspira amor;
al sospechar este eden,
ante hubiera abandonado
el suelo en que me he criado.
- ELISA. Mil gracias.
ANA. (¡Muy retebien!)
(Vamos, si esto un sueño es.)
- ELISA. ¿Conque entonces no es de aquí?
ANA. (Se conoce.)
ALB. En Barcelona nací,
y allí estuve hasta hace un mes.
- ELISA. Familia allí la tendrá.
ALB. Sí, mi madre y una... hermana;
mas decidme, Doña Ana,
ya vuestro esposo sabrá...
ANA. De usted nada todavía.
Como hasta hoy no ha venido
y al momento se fué al rido...
ALB. Lo digo por si venia...
ANA. Ya yo estaré con cuidado.
ALB. Podria cogermé infraganti.
ELISA. ¿Infraganti?
ALB. Sí.
ANA. (¡Infraganti!)
(¡Ah! ya... cogerlo sentado.)
- ELISA. Mamá, que avises espero.
ALB. ¿Y qué es papá en conclusion?
ELISA. Es...
ANA. Ha sido sotapatron,
y el mio sargento primero.
ALB. ¡Ya!
ANA. Y así á una le precisa
gastar cierta compostura;
como aluego se murmura...

- ALB. Ya se ve. (¡Que gran paliza!)
Conque Elisa, Elisa mia,
por fin tu amor he ganado;
me haces tan afortunado
que un trono no envidiaría.
¿Me quieres, mucho, tesoro?
Dí, Elisa, por Dios, que sí.
- ELISA. (¡No sé qué pasa por mí!)
¿Yo quererte? No; te adoro.
¿No podría Alberto bastarte
este afán, esta emoción,
que en balde mi corazón
se afana por ocultarte?
¿No dice nada el dolor
que en otro hombre he sembrado?
¿No miras, Alberto amado,
luciendo en todo mi amor?
ANA. (¡Yo voy á volverme local!) (Vuelve á la ven-
tana.)
ALB. Sigue.
ELISA. ¡Ah!
ALB. ¡Por compasión!
ELISA. Si está hablando el corazón,
para qué sirve la boca?
ALB. Gracias.
ANA. ¡Que viene! (Desde la ventana.)
ELISA. ¡Dios santo!
ALB. ¿Qué hacemos?
ANA. Pero...
ELISA. ¿Qué hacemos?
ANA. Aquí puede entrar, en tanto
que yo... (Señalando 1.^a puerta derecha)
ALB. Si de esta bien salgo...
ANA. Que ya está al entrar.
ELISA. ¡Ya sube!
ALB. Paciencia. (Entrando en la habitación)
ANA. Cerrar.
Tú callas.
ELISA. ¡Dios mío!

ESCENA IX.

ANA, ELISA Y DIEGO.

ANA.

¿Traes algo?

DIEGO. ¿Que si traigo? Traigo tanto,
que ya más no pueo traé.
¿Ayá dentro no hay que hacé?
¿Dí, pantera? (A Elisa.)

ELISA. ¡Cielo santo!

DIEGO. Vete de aquí. (Tan mancita
y bien la farsa pintó.)

ELISA. (Ya ese infame le contó...)

ESCENA X.

ANA Y DIEGO.

ANA. Pero...

DIEGO. ¡Acércate, mardita!

Más.

ANA. ¡Se ha abrido el abismo!

(Téndre valor.) ¡Insolente!

DIEGO. ¡Si tienes cara é sirpiente
y los jechos de lo mismo!

ANA. ¡Ay qué insulto!

DIEGO. ¿Te ha asustao?

ANA. ¡Moriré de un sofocon!

DIEGO. Pa tené tan fea armason
quieo verme desarbolao.

ANA. ¡Infame! ¡Quién lo creyera!
Me está ahogando el sentimiento.

¡Yo, la hija de un sargento,
casarme con esta fiera!

DIEGO. ¡So bruja! Tambien se engaya,
cuando yo fi er que farté...

¿Era má jonrao er cuarté
que esta casa? Caya, caya,

no me repita má jeso,
ó estando sobre cubierta,

va ja sartá la obra muerta
con un rezon ar pescueso.

ANA. ¡Qué bruto! (Si Alberto oirá...)

DIEGO. ¿Conque me llama usté fiera?

¿Y qué nombre usté le diera (Cogiéndole la
mano.)
á la madre condená,

que siembra en su casa er vicio,

que no hay yanto que le afija,
y que arrempuja una hija
al borde der precipicio?

ANA. (¡Quién le habrá ido á contar!...)

DIEGO. ¡Jabla; ¡Jabla! ¿No responde?
Si á entro ese pecho esconde
más veneno que agua er mar.
¿Conque otra mujer Antonio
por mi hija ha preferio?

ANA. ¡Darme pasensia, Dios mio,
pa lidiá con un demonio.

DIEGO. ¿Quién contó tan insolente?...
El; y no digas que ha mentio,
que tu mardá ha repetio
toito er mundo y toa la gente.
Quisá no tarde en veni
si quiee escucharlo é su boca.

ANA. Yo voy á golverme loca.

DIEGO. Más loco me has güerto á mi;
mas no é jeso solo, no.

DIEGO. Digame usted sin demora,
¿quién é ese Don Castora,
que con er briyo os segó?

ANA. Si no es cierto.

DIEGO. Ya se ve,
entre un pobre carpintero
y un estirao cabayero,
no habia mucho que escogé.

ANA. Siempre más feliz seria...

DIEGO. Ven acá, tigre arrastrao;
en plata farsa er dorao,
¿dura er briyo toa la via?

DIEGO. Cuando sarte ese relieve
porque es farso y busque carma,
en vez de jayarse un arma
¿no encontrará un cacho é nieve?

DIEGO. ¿Buscará entonse consuelo
mirando su vieja toca?

DIEGO. No, no, se gorverá loca
pidiendo cariño ar sielo.

DIEGO. Y si esos dos corazones
juntaos por libre pasion,

ganaran su mantension
sin mundanas ambisiones,
¿tendrian argun dia infeliz?
No; porque en vez de colguijos,
comprarian pan pa sus hijos.
¡Eso, eso é ser feliz!
¡Cuánto sufro!

ANA. ¡Hija del alma! (Con hipocresia)

DIEGO. ¿Por quién ha sacrificao
el amor de un hombre honrao?
Jabla. ¿Quién roba mi carma?

ANA. Si todavía no...

DIEGO. Jabla. Dí,
barco pirata.

ANA. ¡Qué anhelo!

Si no sé...

DIEGO. ¡Elisa! ¡Consuelo!... (Llamando.)
Yo lo sabré.

ESCENA XI

ANA, ELISA, CONSUELO, DIEGO, y luego ALBERTO.

CONS. ¿Qué hay aquí?

ELISA. ¡Qué escándalo! ¡Ave-María!

DIEGO. ¡Silencio!

ANA. (Perdidas estamos.) (A Elisa.)

ELISA. (¡Dios mio! Si lo ve...)

DIEGO. Vos yamo,

mas no quiero embustería.

ANA. Dí que no sabes. (A Elisa.)

ELISA. Mas...

CONS. ¡Padre!

DIEGO. ¿Quién es ese señoron
que ha trastornao tu razon?

ELISA. ¡Mi razon! ¿No ha dicho madre?..

ANA. Yo he dicho que era mentira.

DIEGO. Cáyese usté.

ANA. (¡Qué animal!)

CONS. (¡Empieza á tocar su mal!)

DIEGO. Jabla.

ELISA. ¡Padre, usted delira!

- DIEGO. ¡Tú si que deliras, loca!
¿Encima quié jengañarme?
Consuelo, ven tu aliviarme.
- CONS. ¡Padre, si yo!
- DIEGO. ¡Ah! Callar la boca;
pues tos estais contra mí;
yo lo sabré. ¿Y mi sombrero? (Tira la gorra
y se dirige á la
habitacion)
- ELISA. ¡Ah!
- ANA. Yo iré.
- DIEGO. Ni verlas quiero.
- ANA. Fuera, ¡Ah! ¿Qué hace usté aquí? (Abriendo.)
(¡Santa Polonia!)
- ELISA. (¡Dios mio!)
- ALB. ¡Señor Diego! (Saliendo.)
- DIEGO. ¡Don Alberto!
- ANA. ¡Se conocen!
- ALB. (¡Yo estoy verto!)
- DIEGO. ¿Er qué jacia ahí escondio?
- ELISA. ¡Padre mio! ¡Compasion! (Se arrodilla.)
- DIEGO. Quita, hija ingrata, de alante.
¿E jese quisá tu amante?
- ELISA. Perdonadme.
- DIEGO. ¡Ah mardision!
¿Y esto señó es una madre?
- ALB. ¡Su hija!
- DIEGO. ¿Quié usté decirme?...
- ALB. (¡Si yo pudiera escurrirme!)
Al saber que erais su padre...
- ANA. Bien, mas ya...
- DIEGO. Sí, to ha pasao.
¿A ese infame habeis creido?
Pero bien, si er ha venio
será porque le han yamao.
Despué je la campaná
que has dao en la poblacion,
¿esto más?
- ELISA. ¡Por compassion!
- DIEGO. ¿Cuánta vergüenza pa na!
Despresiaste un carpintero,
que era lo que te cuadraba,
porque el infeliz te daba
cariño en ve je dinero;

- y aconsejá po una fiera,
y por tu vana cabeza,
busca en otro la riqueza
sin chispa de amor siquiera.
¡Si vieras cuánto has perdido!
(¡Bruto! Ya debia callarse.)
- ANA. (¡Bruto! Ya debia callarse.)
DIEGO. ¿Conque usted quiere casarse
con mi hija?
- ALB. ¡Yo!
CONS. (¡Dios mio!)
ANA. Asi usted lo ha prometido,
y un caballero no miente.
- ELISA. Yo espero...
ALB. (¡Se arde mi frente!)
ANA. Hable usted.
- ALB. Yo le he ofrecido...
DIEGO. ¿Er qué ofreció usted? ¿Er qué dijo?
¿Usted manda en su persona?
- ELISA. ¡Qué dice!
DIEGO. Que en Barcelona
tiene su esposa y su hijo.
— ¡Ah! (Las tres.)
DIEGO. ¿No toma usted la puerta?
O... (Amenazándole.)
- ALB. (¡Respiro!) (váse corriendo.)
ANA. ¡Estoy perdida!
¡Que me den una sangrida!
¡Socorro! (Váse 2.^a izquierda.)
DIEGO. Dársela suerta.

ESCENA XII.

ELISA, CONSUELO Y DIEGO.

- CONS. (¡Qué tormento!)
DIEGO. ¡Muerte, ven!
ELISA. ¡Perdon! Mi llanto es profundo.
DIEGO. Si yo te perdono, ¿er mundo
te perdonará tambien?
ELISA. ¡Qué vergüenza! ¡Quién creyera!
Mañana ¡qué horror! la gente
hará que incline la frente

por atropellar mi esfera.
Huiré, que el mundo no vea
mi desprecio con coraje.
Me está abrasando este traje.
¡Ambicion, maldita sea!

ESCENA XIII.

ELISA, CONSUELO, DIEGO Y ANTONIO.

- ANT. ¡Señor Diego!
- ELISA. (¡Ah! ¡Yo muero!)
No me atrevo ni á mirarle.
- ANT. Tarde llegará á pesarle.
- CONS. (En vano esforzarme quiero
por fingir.)
- DIEGO. En ti pensaba.
Me atormenta tu quebranto.
- ANT. Cuanto más amargo el llanto,
más pronto el sufrir se acaba;
que si una falsa sonrisa
bastó á crear tanto amor,
hoy de un desprecio el dolor
lo convertirá en ceniza.
- DIEGO. El que es bueno premio espera.
- ANT. Si me pusiera el destino
un ángel en mi camino,
más premio no apeteciera.
- DIEGO. ¿Un ángel?
- ANT. Sí.
- CONS. (¡Justo cielo!)
- DIEGO. Si está en mi mano te ofrezco...
- ELISA. (¡Dios mio, yo desfallezco!)
- DIEGO. ¿Quién puede endulsar?...
- ANT. Consuelo.
- ¡Ah! (Elisa y Consuelo.)
- DIEGO. ¡Qué corazón! ¡Qué nobleza!
- ELISA. (¡Qué castigo tan horrible!)
- DIEGO. Mas...
- CONS. Pide usted un imposible.
Eso... sería una vileza.
(Cuánto sufro!)
- ELISA. ¿A quién quejarme?

- ANT. (¡Qué distinta!)
- DIEGO. (¡Virgen santa!)
- ELISA. (Si yo sembré angustia tanta,
yo debo sacrificarme.
¡Ah Consuelo! ¿Por qué lloras?)
- CONS. ¿Yo?
- ELISA. Lo sé aunque te asombre.
Ese llanto es por un hombre
á quien en silencio adoras.
- CONS. ¡Oh! ¡Calla!
- ELISA. Estoy decidida.
- ANT. (¿Será cierto?)
- CONS. Elisa, advierte...
- ELISA. Si ayer á un hombre di muerte,
hoy puedes tú darle vida.
¡Calma mi remordimiento!
(¡Infeliz!)
- DIEGO. ¡Hermana mia! (Abrazándola.)
- CONS. ¿Y usted (me falta valor) (Dirigiéndose á An-
tonio.)
al comprender mi dolor,
la ofensa perdonaria?
No espero clemencia tanta
que vuelva nuestro pasado,
pues un muro frio, helado,
entre los dos se levanta;
mas cese mi suerte insana,
termine nuestro quebranto
y secad mi triste llanto
con el titulo de hermana.
¿Verdad que lo alcanzaré?
¿Que no será usted inhumano?
- ANT. Elisa, seré su hermano.
- ELISA. Gracias. ¡Qué feliz seré!
Cese, padre, su congoja.
- DIEGO. ¡Si no sé lo que me pasa!
- ELISA. ¿No traje yo el llanto á casa?
Justo es que en mí se recoja.
- DIEGO. ¡Qué grande es la Providencia!
- ANT. ¿Puedo ser feliz, Consuelo?
- CONS. Si así lo ha querido el cielo,
sea.
- ELISA. (¡Cruel penitencia!)

ANT. Tal dicha ahogará el dolor.
CONS. Mi tormento halló su calma.
ELISA. Si la ambicion mancha un alma,
la virtud le dá valor. (Váase.)

ESCENA ÚLTIMA.

CONSUELO, DIEGO Y ANTONIO.

DIEGO. Deje hoy vuestros corasone
irán juntando sus lazo,
recogiendo entre mis brazo
der sielo mir bendisioe.
Venturosa la barquiya
que contenta con su suerte
mirando en la má su muerte
no pasa del rio la oriya.
Y esa mar dejando lejo
sin banderas y á toa carga,
rio alante á vela larga,
le sirve á un vapo de espejo.
Mas si echándola é navío
proa ar má jisa bandera,
encuentra ar sartá su esfera
tumba entre la mar y el rio.

FIN.